

*"Durante la juventud creemos amar;  
pero solo cuando hemos envejecido en compañía de otro,  
conocemos la fuerza del amor."*

Henry Bordeaux.

**-I-**

## **TU VOZ**

Tu voz...

como empastada en los colores  
de los que solo saben,  
ciertos tipos de aurora  
o las alas,  
de algunas mariposas;  
onda sutil y venerada,  
grabada irremediablemente  
al sentimiento,  
y la ventura mías.

Tu voz...

la de sabor a menta y yerbabuena,  
la del olor a arcilla fresca,  
yerba recién cortada,  
rocío mañanero,  
y más que todo,  
a soñadoras madre selvas...  
brotando inigualablemente clara,  
arrebatada-vehemente,  
sensual-concupiscente,  
de tu sereno y cierto acento...  
y algunas veces,  
de ese recio desvelo,  
que deja siempre un sinsabor amargo,

hueco  
y vacío,  
en su partida.

Tu voz...  
la de la limpia suavidad de un ala peregrina;  
la de cualquier momento dadivosa  
y ofrendada en consuelo;  
la sosegada y cariñosa en el requiebro,  
como provocadora y ensañada  
en la impostura;  
esa,  
que me ha forzado a repasar los gajes  
de este incipiente oficio de poeta,  
al filo y al abismo  
de sus desgarraduras.

Tu voz...  
amante tolerante de mis absurdos celos,  
y sus perennes e inconclusas dudas...  
cual clave cardinal,  
insoslayable  
y capital,  
del arco fatigado  
de mis inciertos días;  
campeando en igualdad y señorío,  
segura,  
indubitable,  
sin aceptar rival,  
lo mismo en primavera,  
que en el lecho otoñal  
de nuestras citas;

perenne trovadora,  
de verso llano  
y repentista,  
ocasional  
y natural,  
diligente,  
leal y receptiva,  
a los enigmas antillanos  
de la luna.

No cambies,  
no,  
tú imprecación,  
conjuro o negación,  
por un artificioso modo;  
no vuelvas,  
no,  
a serle cómplice al rencor  
nacido en el despecho,  
de olvidos otorgados...  
entre los yerros redimidos,  
de mi desolación.

Dale el tono mayor,  
la pausa breve,  
el pie forzado  
y el acento fuerte,  
para así re-encontrarte y subsistir  
en los hechizos milagrosos de tu aliento,  
a las cíclicas formas  
de mi incesante muerte.

Y si no fuera pedirte demasiado,  
une tu voz al eco  
enrarecido de la mía,  
para guiar sus pasos titubeantes  
en esa injusta-inmerecida expectación  
de las horas perdidas,  
sin su compañía...  
y ayúdame a orientarme con su suerte  
por esa aleve e intrincada selva,  
de la vida;  
donde se me interpone extravíos,  
y sin cesar me emboscan  
fantasmas traicioneros...  
como porfiados delatores  
de mis culpas.

Tu voz...  
la que me enseña a amar sin distinciones,  
entre flores y espinas;  
esa,  
la revestida en palma cana y cañabrava,  
con paladar de fruta fresca y aguamiel  
en todo el diapasón de su erotismo;  
esa,  
la que irradia sin interrupción,  
toda la tradición de tu genuina cubanía;  
esa,  
la que impregna con su afán a mis delirios,  
por vías que me llevan entre atajos a tu ser  
para abreviar prudencia y sensatez,  
en su cordura.

Tu voz...

la que aniquila con el más leve roce,  
las sombras que me enturbian tu llamada;

esa,

como gravada en una roca serpentina,  
a la falda de un monte desbordado;

esa,

como surcada sobre fértil tierra,  
en la hondura de un valle ambicionado;

esa,

como injertada en la paciencia del recodo,  
de un arroyuelo amigo y solidario;

esa,

como culminación a lo que aspira  
el exhausto avatar de mi existencia,  
en clímax y en semblanza;

esa,

como la última certeza,

que aún pretenden,

lo poco que les queda

a lo que fueron,

una vez,

mis jóvenes quimeras.



**-II-**

## **NOSOTROS**

Amarnos en lo oculto y evidente de esta unión,  
más allá del principio que partamos,  
y por el resto de los días...  
como te pude conquistar,  
en mi inmadura lozanía;  
así,  
de igual manera,  
pretendo sucumbirte hoy...  
desde el verde columpio de tu infancia  
evocando las prisas de tus idas,  
hasta la actualidad de tus arribos.

Pues nosotros,  
amantes de un linaje,  
que nació y se nutrió  
del patio de mi casa,  
al parque de tu escuela;  
de la ilusión siempre apreciada y retenida,  
de unos bancos de hierro  
circundados,  
por el aroma de jazmines y violetas;  
de las fuentes y glorietas confidentes,  
que van de Línea y L hasta Arroyo Arenas...  
jamás nos hemos desertado el adorarnos;  
pues nosotros,  
amantes de otro siglo y sus conjuros  
aprendimos del dogma milagroso,  
de vivir constantemente enamorados.

Pues nosotros,  
amantes iniciados en la esencia  
de vinos confesores,  
tampoco hemos perdido nunca el gusto,  
por la menta casera  
santiguando las rondas,  
de aquellos sábados de gloria  
y afectos compartidos...  
recibiendo-obsequiando,  
repartiendo-tomando,  
dignidad,  
amistad,  
amor,  
y trova...  
en nuestra añeja casa del Vedado.

Pues nosotros,  
amantes del detalle  
con que aguardan  
las mesitas de noche,  
adornadas con silvestres flores  
y repletas de reminiscencias,  
continuamos bregando día y noche  
con los cuerpos maltrechos,  
por nuestra identidad de Palma Real  
y soberana independencia.

Pues nosotros,  
amantes de los libros sustanciosos  
de poblado follaje,  
que desatan consejas-moralejas,  
veredictos-corduras,

epitafios-clemencias,  
continuamos creyendo,  
que existirá justicia alguna vez  
en nuestro maltratado patrio suelo...  
aunque nos llegue el día final,  
en este suelo ajeno.

Pues nosotros,  
amantes del olor de las memorias  
impregnando evocaciones en la almohada,  
y la pasión vertida sin dilemas  
por los cuatro confines de la cama,  
seguimos insistiendo en sostenernos  
uno al otro...  
por encima de obstáculos sin fin,  
injusticias humanas,  
e inhumanas barreras.

Pues nosotros,  
amantes sempiternos  
de los “garbanzos fritos”,  
el “tamal en cazuela”,  
o un buen arroz con pollo  
“a la chorrera”,  
obstinamos en hacernos de la mesa  
y sobremesa,  
una extensión indispensable,  
de nuestra infortunada  
y oprimida tierra.

Y así,  
en unión,  
seguimos siendo en cierto modo,

esperanzados diletantes trasnochados  
pletóricos de vida;  
continuos visitantes,  
del comentario agudo  
con múltiples fragancias,  
y las siete potencias anexadas  
a una doble intención.

Pues nosotros,  
veneradores de refranes populares  
y picarescos cuentos,  
con acento criollo;  
ilusionados caminantes,  
que pretextan caricias  
o se inventan abrazos,  
vagando por la curva geografía  
de nuestro Malecón,  
en La Rampa,  
en Varadero,  
en el Paseo del Prado,  
y hasta en la plaza de La Catedral,  
con todas sus campanas  
repicando al vuelo.

Pues nosotros,  
asiduos a escuchar  
en la elocuencia del silencio,  
y disfrutarnos encendidas rumbas;  
de una cultura espesa y docta,  
preñada de vulgaridades;  
de poesías gestadas,  
con casta de insurgentes;

de canciones románticas perennes,  
lo mismo vengan de occidente  
o de por donde dicen,  
que nacen los cantantes...  
allá,  
por las montañas del oriente.

Y así,  
los dos,  
seguimos siendo amantes irredentos,  
e inolvidables-formidables  
súper-madres,  
bíblicas...  
guardándonos por sobre  
el Ángel de la Guardia;  
creyentes de un futuro  
indemnizado por la historia,  
y aquello de “algún día volveremos”.

Pues nosotros,  
conscientes redentores  
del beso apasionado,  
devenido en promesa;  
irremediabilmente adictos  
del chocolate hirviendo  
y bien espeso,  
cual anfitrión fundamental  
de las más serias confidencias;  
evocadores cíclicos,  
de los circos de barrio con gallegos  
“pintoreteados” de fracasos,  
rumberas sandungueras-decadentes,

y negritos caricaturizados;  
de contratos morales respetando,  
los debidos respetos  
entre hijos y padres...  
entre gobierno y pueblo;  
de una república imposible sin idolatrías,  
ni excepciones o prebendas partidistas  
entre nuestros hermanos;  
de jugar a planearnos un mañana  
teniendo por tesoro únicamente,  
unos cuantos centavos;  
de ser capaces de empezar,  
no importa cuántas veces  
nos sean necesarias,  
con tal que nuestros hijos  
nunca choquen  
con esas mismas piedras,  
que nos quebraron una a una,  
todas las esperanzas.

Y así,  
los dos,  
seguimos siendo  
amantes perseveros,  
sin siquiera tentarnos  
al menor de los cambios,  
al respecto...  
sin atrevernos a pensarnos,  
intuir o conjugarnos  
hasta el último aliento,  
demasiado viejos.

Pues nosotros,  
seguimos siendo igual  
de atolondrados-inspirados  
y de románticos-ingenuos,  
que a los quince años...  
seguimos siendo igual  
muy dentro de nosotros  
a aquellos dos adolescentes,  
que se citaban entre clases  
para la hora del receso.

